

Jueves XXXI del TO
Ciclo B



7 de noviembre de 2024

Flp 3, 3-8

Sal 104

Lc 15, 1-10

P. Eduardo Suanzes, msps

Nos encontramos en el famosísimo capítulo 15 del Evangelio de Lucas, donde se nos abren tres parábolas: la oveja perdida, la moneda perdida y el hijo pródigo. Los primeros tres versículos de este capítulo, lanzan y encuadran las tres parábolas y parecen apuntar que las mismas tratan de contrastar a justos con pecadores: los fariseos y los escribas (hombres de Ley, «*justos*») murmuran porque Jesús acoge a y come con pecadores, a los sin-ley, a los injustos. Ante esa actitud, Jesús propone una parábola, que luego resultan ser tres. Y en las tres parábolas parece que se contrasta a «*los justos*» (las 99 ovejas o las 9 monedas que no se pierden, o el hijo mayor que se queda en casa) con los pecadores-perdidos, como queriendo simbolizar en aquellos a los fariseos y escribas que se tenían a sí mismos por justos y cumplidores de la Ley, es decir, como «*no-perdidos*». Pareciera que, efectivamente, las parábolas tratan de ellos, los justos, y tratan de reprocharles su autosuficiencia y mostrarles que Dios no les tiene tan en cuenta como ellos creen, sino que se preocupa o se desvela más por los pecadores (los perdidos), que son objeto de su búsqueda amorosa.

Pero, ¿son estas las intenciones de las parábolas? ¿Son sus «focos» y sujetos los que parecen ser? ¿Se refieren las parábolas a los pecadores-perdidos o su sujeto es otra persona?

Si miramos de cerca la primera parábola, podemos decir que su «foco» no es la oveja que se pierde sino el pastor que la busca. De la oveja sólo se indica el dato de su extravío y no se especifica ninguna otra acción; en cambio del pastor se describen diversas acciones, expresadas por los verbos que recoge Lucas: pierde, deja a las otras, va a buscar, hasta que la encuentra, se alegra, se la carga en los hombros, llega a casa, convoca a los vecinos y les dice «alegraos conmigo». Son demasiadas acciones en tan poco espacio como para no ver en ellas que el foco, el sujeto de la parábola, es el pastor, su actitud y su acción.

Lo mismo puede decirse de la parábola de la moneda. La moneda sólo aparece en segundo término, como objeto perdido y como catalizadora de la acción de la mujer, que: pierde, enciende la lámpara, barre, busca, encuentra, convoca a amigas y vecinas y les dice «alégrense conmigo». Ambas parábolas son, en el fondo, la misma.

Lo que importa es lo que suscita en alguien (el pastor, la mujer) la pérdida de algo, independientemente de su valor. Y, más exactamente, la pérdida de «alguien», pues oveja y moneda son parabólicamente asimiladas a personas. Alguien se preocupa cuando alguien se pierde. El primer «alguien» no puede ser sino Dios, el Padre. Ese es el protagonista de ambas parábolas, Dios, el padre amoroso preocupado por quien se pierda (sea grande o chico, primero o último), es el «foco» de ambas parábolas.

Nada se dice de lo que hace esta oveja para perderse, solamente que el pastor percibe que la ha perdido. Si la oveja es imagen del pecador, nada o poco importa su pecado, su

conducta: eso no se tiene en cuenta porque lo que cuenta es sólo su alejamiento, su posible situación de desvalimiento y de peligro, su sentirse en una situación de des-amor.

Los fariseos, las 99 ovejas, se tienen por justos y seguramente desprecian al pecador. Para ellos el pecador es alguien «muerto» que debe ser abandonado a su mala suerte, porque él se la ha buscado por su egoísmo e irreflexión. Eso es lo que piensan de un ser humano que se extravía en el pecado (lo mismo que piensa el hermano mayor en la parábola del hijo pródigo).

Además, el interés del pastor por la oveja perdida es la garantía de la propia seguridad de las otras. Si el pastor sale a buscar a «una» oveja perdida significa que le importan «todas» sus ovejas, incluidas ellas mismas. Si al pastor no le importara la descarriada es que no le importa ninguna. Y si mañana una de esas 99 se pierde, ya se puede dar por muerta. La salida del pastor es, pues, garantía de la suerte futura de las 99, que saben que lo que el pastor hace por su compañera perdida está dispuesto a hacerlo por cada una de ellas.

Esta es la imagen de Dios que transmite la parábola. El pastor lo es de las cien ovejas, y cada una cuenta para él. Dios es padre de todos, y cada uno es amado por Dios. Y lo es personalmente. Ya no se trata de que Dios ama «genéricamente» (a «la humanidad» o a «su pueblo elegido») sino que ama personalmente, particular y concretamente a cada ser humano en las circunstancias personales de su vida. Y ese amor se hace especialmente presente y se torna en solicitud cuando llega el desvalimiento o la debilidad, e incluso el alejamiento que la persona tenga de Dios. Para Dios, cada persona no es una parte separada cuya suma forma un todo, sino que cada una equivale al «todo»: «Dios solo sabe contar hasta uno»¹ No hay dualidad ni separación sino cada una son «todo», de modo que el problema de una es todo el problema, es lo que atrae toda la acción amorosa de Dios sobre ella.

¹ Frase que una vez le oí decir a Amedeo Cencini a propósito del amor indiscriminado de Dios por casa uno de nosotros.